

Juan MATA, *Como mirar a la luna* (Confesiones a una maestra sobre la formación del lector), Col/ Biblioteca de Textos, 205, Ed. Graó. Barcelona, Octubre de 2004.

Resumen

Presentación: Manuel VERA HIDALGO

Los libros poseen la rara virtud de facilitar el proceso de conocimiento y apropiación del mundo, de satisfacer nuestras ansias innatas de descifrarlo... Es una manera de zambullirnos y participar en los trajines del mundo, de asumirlos, de valorarlos, de neutralizarlos, de reconocernos gozosamente en ellos, de recomponer continuamente nuestros esquemas para darles cabida.

... La Cenicienta, Robin Hood, Don Juan Tenorio son elementos que habitan en un universo mítico supraindividual, y su condición de seres imaginados no les impide participar de fórmulas muy productivas para la especulación personal sobre lo que ocurre. Forman parte de ese inmenso imaginario colectivo (ideología le llaman unos, cultura otros) que le da identidad y cohesión a la sociedad y nos permite sentirnos cómodos en ella.

... Crear inquietud por la lectura, advierte el autor, es más que un proceso complejo de educación de la sensibilidad y el disfrute de la palabra que el despliegue de un puñado de técnicas de dinamización, que, si bien no siempre son estériles didácticamente hablando, no producen por sí solas los efectos que proponen.

Preámbulo con cocina al fondo

No olvides entonces que reflexiono porque tengo dudas, no porque albergue certezas, de modo que más que certificar, escribo para saber. La escritura es una oportunidad para averiguar.

... Confío sin reservas en esa armónica comunidad de maestros y discípulos que se aprestan a pensar juntos en los asuntos de la vida, y que de modo suscinto llamamos “escuela”.

... Nuestra obligación, a pesar de todo, es actuar siempre con la suposición de que todos los alumnos pueden ser conquistados. Trabajar con la esperanza de la transformación es el único acicate para defender con entusiasmo e inteligencia la primacía de los libros. Lo esencial sigue siendo el gesto de entrara en el aula con la convicción de que es posible alentar y enmendar la vida.

... La educación sucede... en los arenales de la playa, en la zona de contacto entre el agua y la tierra, entre lo que podría hacerse y lo que puede hacerse, entre lo conveniente y lo posible, entre el saber y el saber hacer, entre el conocimiento y la competencia. Concertar ese equilibrio puede resultar un a empresa hercúlea, pero estamos llamados a intentarlo.

1. Tiempos perdidos, espacios ganados

... Da ahora la impresión de que lo único realmente trascendental es sostener de cuando en cuando un libro en las manos, no importa con qué ánimo o finalidad. Es como si se esperara un efecto mágico de ese leve gesto, como si por el mero hecho de pasar las páginas y fijar los ojos en las letras ya sucediera algo, generalmente benéfico.... Un libro no es un talismán, por mucho que se utilice esa idea como metáfora, sino un objeto a cuyas palabras acudimos con un propósito, con una esperanza.

... una cosa es leer y otra, ser lector. Es obvio que la primera destreza es un requisito para la segunda, pero del aprendizaje de la lectura no se infiere necesariamente la condición de lector, menos aún la de lector de literatura. El deseo de leer es el resultado de una combinación de voluntad e instrucción, de azar y apetencia, de emoción y asombro.

... la detención del tiempo cotidiano, el impedimento para realizar cualquier actividad, es una circunstancia que puede favorecer el vínculo con los libros. Porque la lectura exige la interrupción de toda actividad, el rechazo de cualquier reclamación cotidiana.

... Las aulas serán para la mayoría de los alumnos los únicos lugares donde la literatura les salga al paso. Sólo allí van a tener la oportunidad de reconocerla, de participar de sus dones. Esa probable orfandad debería ser razón suficiente para hacerla presente en un trecho de sus vidas. Y aunque sólo sea a través del oído, aunque sólo la perciban en nuestra voz, tenemos la obligación de hacerles saber que existe, que también ellos son sus destinatarios.

2. La letra prometida

... Hoy sabemos que los fracasos en el aprendizaje de la lectura y la escritura conciernen sobre todo a los niños que han crecido sin libros a su alrededor, sin juegos de lenguaje a la hora de acostarse, sin diálogos acerca de las letras, de modo que nuestra obsesión debería ser evitar que el paso de los días extinga en unos el deseo primario de aprender a leer y, al mismo tiempo, tratar de inculcar en otros el júbilo de internarse en la bosque de las palabras.

El conocimiento no es la consecuencia de una simple acumulación de datos, sino el resultado del análisis y la asimilación de esos datos, de modo que los procesos de aprendizaje no pueden ser asimilados a los métodos de enseñanza. Los métodos no crean el conocimiento, a lo sumo lo favorecen o lo entorpecen. Aprender a leer y escribir es, por lo tanto, una obra personal que se realiza en un entorno social que provoca u obstruye. Lejos del desvalimiento y la pasividad que se les suele atribuir, los niños son seres activos que necesitan y persiguen la comprensión del mundo. Y lo hacen primordialmente a través del lenguaje. Sus aprendizajes son el fruto de su curiosidad, de sus deseos, de su diligente y voluntario diálogo con el mundo y los adultos que les proveen, guían y alientan. La evidencia de que el desarrollo intelectual de un niño está en relación directa con la diversidad de experiencias que realice, sobre todo en los primeros años de la infancia, debería inspirar los juicios acerca del aprendizaje de la lectura y la escritura. La buena actividad pedagógica consistiría, básicamente, en proveer actividades de aprendizaje accesibles a un niño y aptas para avivar su curiosidad y su inteligencia. De ese modo, el niño logrará hacer suyas las formas de pensar que vio manifestarse previamente en el adulto.

... cuando los niños entran en la escuela primaria están a punto de culminar el aprendizaje y no al contrario, como se supone. Sabemos con certeza que un niño aprende a leer y escribir del mismo modo que realiza los demás aprendizajes, lo que significa que un niño adquiere sus conocimientos de lengua escrita mucho antes de su ingreso en las aulas.

... Comenzamos a saber leer mucho antes de saber leer... Quienes han escuchado cuentos, canciones, poemas, rimas y retahílas, han dibujado con regularidad, han tenido relación permanente con la buena literatura o han manejado libros por sí mismos se encuentran en situación más ventajosa a la hora de aprender a leer y escribir que aquellos que han carecido de esas experiencias, pues han ido adquiriendo paulatinamente claves sobre las funciones y el significado de la escritura, las relaciones con la lengua oral, las convenciones sociales que la regulan, la actitud de quienes la utilizan, los principios lingüísticos que la sostienen.

Si aspiramos a formar lectores y no únicamente a enseñar a leer, deberíamos procurar que el aprendizaje se produjera en un entorno plétórico de textos, especialmente de buena literatura, a fin de propiciar desde el principio experiencias lectoras reales. Mantener conversaciones acerca de los libros que se les leen o los alumnos leen por su cuenta, alentar sus intervenciones o sus diálogos, favorecer el dibujo libre y la escritura de textos son modos nada fútiles de hacer saber a los niños que aprenden que la lectura los engrandece. Las prácticas de lectura deberían ser múltiples como las plantas de un invernadero: individuales y colectivas; realizadas por el maestro o por los alumnos; a partir de textos propios o libros ajenos; en silencio o en voz alta; por puro gusto o para realizar alguna labor; para toda la clase o para unos pocos compañeros... No hace falta recordar que el amor por los libros, cualquiera que sea su materia, crece más fácilmente en una atmósfera de alegría colectiva, motivación, seguridad y cooperación entre los alumnos.

3. Cruzar el pórtico

... Los lamentos por la escasa estima de la literatura resultarán un tanto farisaicos si en las aulas sigue dándose prioridad a los análisis formales de los textos en detrimento del disfrute de esos textos... Leer literatura no equivale a estudiar literatura... El resumen o destripamiento de *Momo*, por citar un ejemplo, nunca compensará en la infancia y la adolescencia el hechizo de su argumento.

Un pasaje de una novela de Miguel Delibes o un poema de Antonio Machado apenas sirven ya para otra cosa que para ilustrar los signos de puntuación o las oraciones atributivas. ¿Es posible en esas condiciones alentar el precio por la literatura? ¿Puede una colección de fragmentos crear emoción y entusiasmo en los alumnos? Esas rutinas escolares, junto a la férrea tiranía de los programas, inabarcables e inflexibles, hacen que las reincidentes proclamas a favor del goce de la lectura resulten un tanto huecas. Demandar un espacio soberano para la literatura, liberado de ejercicios y demostraciones, no sería entonces un capricho, un simple brindis al sol, sino el modo de asegurar que los alumnos aprendieran a ejercer realmente de lectores y dejaran de juzgar la literatura desde su condición de perpetuos aprendices de sintagmas nominales y perífrasis verbales.

... Nada por tanto que aleje a los alumnos de los textos, o que se los haga ingratos o accesorios, es aceptable. Cualquier proyecto de educación literaria debe pasar ineludiblemente por la lectura personal de cuentos, poemas, novelas, ensayos. Esa experiencia, básicamente solitaria pero que reclama la colaboración de un adulto que comparte, aconseja y guía, irá facultando a los alumnos para hacer suyas las convenciones literarias y ensanchar el límite de sus conocimientos y de sus gustos. Ese acercamiento no puede ser antipático, fastidioso u opaco. ¿En nombre de qué quimera o doctrina puede atormentarse a los alumnos con un texto literario hasta hacérselo aborrecible? Causa espanto ver cómo jóvenes, que debieran antes de nada saber conmoverse con un poema de Rosalía de Castro o un cuento de Manuel Rivas, emplean su inteligencia en la abstrusa tarea de contar las sílabas o detectar los rasgos estilísticos más patentes del texto. Deberíamos ser capaces de aceptar de una vez por todas, y ser valientes para proclamarlo, que ésa no es la finalidad del aprendizaje literario, que esa árida tarea de contabilidad e inspección es infecunda. Hay miles de buenos lectores que no sabrían explicar qué es una sinécdoque o no distinguen con claridad el realismo del romanticismo y, sin embargo, se conmueven con un poema de Federico García Lorca y leen hasta el agotamiento las novelas de Benito Pérez Galdós. Verificar la perfección métrica de un soneto incrementa la satisfacción de su lectura, qué duda cabe, pero ese conocimiento debe percibirse como un apogeo, como una recompensa a la alegría y perseverancia, nunca como un peaje. Y de la misma manera que los niños, gracias a la narración de cuentos y a la lectura de libros que les donan sus padres, van descubriendo e incorporando a sus propios relatos las convenciones de la lengua materna, sólo el encuentro permanente con la literatura permitirá a los lectores hacer comentarios cada vez más personales, cada vez más complejos. Pero ese cometido resultará imposible sin un verdadero compromiso de los lectores con el texto, sin una intensa resonancia de ese texto en sus vidas. No tiene demasiado sentido seguir apelando en los libros de texto al “placer de leer” si todo se reduce luego a inventariar y clasificar. El ingreso en la literatura debe hacerse por las veredas de la emoción y la sorpresa.

... Leer es obligado para entender el mundo. Para darle una respuesta. Deberíamos entonces realzar uno de los más bellos significados que la palabra “obligación” tiene en castellano: compromiso. Obligar significa, como se sabe, ligarse a alguien, hacerse cargo de algo, responder a algún hecho. Si lográramos que la obligación de leer ciertos libros en las aulas fuese en realidad una forma de compromiso con ciertos libros, con ciertas ideas, con ciertos sueños, habríamos conseguido lo fundamental.

4. Pícaros y piratas

... ¡Cuántos tebeos de bastas hojas mugrientas, cuántas leyendas de niños piadosos, cuántas narraciones bufas y sentimentales nos atiborraron de letras antes de que arribaran a nuestros ojos Dumas, Stevenson, Verne, Salinger, Hemingway, Poe y compañía! Vistas retrospectivamente, aquellas primeras lecturas parecen hoy indispensables. Se nos figuran como tanteos en la oscuridad, ensayos que nos preparaban para internarnos sin remedio en la literatura, para reconocer los verdaderos libros cuando llegaran a nuestras manos... Por eso considero trivial y artificiosa la clasificación de los libros de acuerdo a la edad... Esas lecturas las realizaron además sin la sombra de la coacción o la responsabilidad y fueron promovidas por las personas que mantendrían con los lectores una estrecha vinculación afectiva.

... disyuntiva de si las escuelas y los institutos deben avalar o alentar la lectura de todo tipo de libros o únicamente deben amparar la lectura de obras de alto valor literario. Los profesores están atrapados en ese atascadero, origen de tantos reveses, tantas confusiones, tantas renunciadas. Saben que tienen la obligación de desarrollar los programas escolares oficiales, sustentados en la perpetuación de la tradición, pero temen que si se desentienden de los gustos y los impulsos de sus alumnos puedan desbaratar un proyecto de lector... Casi nadie, a la postre, se siente satisfecho del todo.

...tres sólidas convicciones más. La primera, que para leer bien y para guardar la fe en la literatura no hay, a cualquier edad, nada como tener pocos libros que leer a nuestro alcance. La segunda, que los niños leen exactamente para lo mismo que las personas mayores: para intentar comprender la vida, imaginándola, y para consolarse con ella. La tercera, que para leer Moby Dick, el Quijote o cualquier otro gran libro que los mayores a veces imponían a los niños, en ediciones más o menos expurgadas, tenemos por delante toda una existencia, mientras que para leer apasionadamente La pagoda de cristal, Los tigres de Mompracem, El Coyote, o cualquier otra historia de aventuras que los niños lean ahora, sólo disponemos de poquísimos años. Quien los desperdicie, se habrá privado de la única profunda aventura de lector que a esa edad puede tener, y que sólo puede tener a esa edad; su experiencia literaria y su experiencia de la vida quedarán para siempre incompletas.

(Gil de Biedma, 2001)

El cine y el teatro, al igual que los relatos periodísticos o las series televisivas o los dibujos animados, pueden cumplir la valiosa tarea de inculcar a los niños y a los jóvenes los esquemas mentales necesarios para comprender las convenciones literarias más complejas. La lectura empuja a otros territorios literarios por caminos que luego retornan a los libros.

... ante todo, la literatura –tanto para el niño como para el adulto, tanto escrita como oral o dibujada o filmada- es cultura, es decir, promoción, reforzamiento y garantía de la vida en tanto que humana. Da lo mismo que ganemos por ella tal o cual reconocimiento, tal o cual destreza: lo importante es que por medio de la ficción se asienta y crece el alma. Y sin alma de nada sirven conocimientos ni destrezas: miremos sin complacencia ni desesperación a nuestro alrededor.

(Savater, 1998)

5. La sonrisa de la Gioconda

... Si un poema o un cuento, no importa si léidos a solas y en silencio o escuchados en boca de otro, sirve para que un lector piense en su vida y hable sobre ella, su misión está más que cumplida, aunque el lector sea inhábil para detectar una metonimia o distinguir entre tema y argumento... Apropiarse de un texto literario, tan diferente de un texto científico o periodístico, es un aprendizaje mucho más ligado a la experiencia vital que a las tareas estrictamente académicas, por lo que deberíamos considerar que esa posesión ni se inicia ni se acaba en las aulas, sino que anticipa y prolonga el trabajo que en ellas se realiza.

Una de las rutinas que más entorpece el regocijo de la lectura es la obsesión por adivinar el *significado* de un cuento, una novela o un poema... Son, sin embargo, los propios autores quienes se encargan de desmentir esa conjetura... Si aceptamos que cada lectura es radicalmente individual, que nadie puede leer como otro, pues cada palabra resuena de un modo desigual en la conciencia del lector, no puede pretenderse que la recepción de un texto literario sea unánime, si es que entendemos bien el significado de la palabra *recibir*, que no es sinónimo de esperar sino de ir al encuentro. Más que la perspicacia para descifrar habría que cultivar la voluntad de conocer, la inteligencia para hacer asociaciones, inferencias y conjeturas, la curiosidad hacia los hechos del mundo, la aptitud para vincular los textos con la propia existencia... El lector comprende más fácilmente cuando se siente interpelado. Si percibe que lo que lee le concierne –habla de sus conflictos o expresa lo que siente o le descubre algo que le importa o le disipa alguna inquietud- su lectura será más atenta, más sagaz. Se sentirá más comprometido... Cuando los alumnos presienten que sus lecturas tendrán reconocimiento, que sus pensamientos importan de veras a sus profesores, ponen en juego su inteligencia con más viveza que cuando saben que sus opiniones sólo serán el pretexto para una nota.

... Más que preguntarles [a los alumnos] al término de una lectura si han entendido el texto resultará más fecundo alentar sus explicaciones acerca de él. No entender algo no puede considerarse un fracaso, sino una incitación. Lo importante no es atinar, sino buscar, pues es en la exploración donde prospera la

sensibilidad y la inteligencia.. La literatura tolera el enigma y la perplejidad, incluso el hermetismo. No se puede aspirar a entenderlo todo, pero tampoco se debe.

Sabemos bien que el goce y la comprensión de una lectura se acrecientan después con una conversación, no exenta de discrepancias, con otros lectores... Poemas o cuentos que provoquen interpretaciones, aunque no se ajusten del todo a la intención del autor, cumplen de sobra su cometido, pues la confrontación de pareceres acrecienta los conocimientos de los alumnos, les hace sentirse parte de una comunidad de lectores. Conversar es el principio de la comprensión.

Da la impresión... de que el prestigio de “las técnicas”, ese prolijo repertorio de infalibles mecanismos para conseguir cualquier objetivo pedagógico, incluido el fomento de la lectura, ha contribuido a que se confíe más en los procedimientos que en la inventiva y el talento personal [de los profesores]. Pero si el valor de cualquier método universal y categórico es siempre sospechoso, lo es más cuando se aplica a tareas que, como la conquista del libro, reclaman afecto, intimidad y sosiego. La lectura requiere un continuado y a veces fatigoso aprendizaje que suele realizarse a solas o, con un poco de suerte, al lado de otros lectores dispuestos a mostrar e instruir.. La ligereza y la fugacidad gozan, sin embargo, de mucho más crédito que la lentitud y la constancia. Las aulas no tienen por qué ser lugares lúgubres y aburridos, pero los logros que allí se realizan requieren plazos largos... la seducción no necesita parafernalia.

... el lector siempre tiene razón y nadie puede prohibirle que se tome la libertad de hacer de un texto el uso que le cuadre.

Y esta libertad implica hojear, volver atrás, saltarse pasajes enteros, leer frases a contrapelo, entenderlas mal, transformarlas, buscarles una continuación diferente, adornarlas con todo tipo de asociaciones, sacar conclusiones de las que el texto nada sabe, sentirse molesto por el texto, gozarlo, olvidarlo y plagiarlo, y también arrojar el libro en determinado momento al rincón. Toda lectura es un acto anarquista.

(Enzensberger, 1991)

Respuesta espontánea

... La primera prioridad de un profesor de lectura consiste en crear un ambiente de clase donde los alumnos quieran compartir sus puntos de vista personales sobre sus lecturas de literatura.

Para que esto ocurra, hace falta tiempo. Uno de nuestros mayores errores como docentes es planear nuestras actividades diarias de manera que no permitan la aparición de oportunidades informales para que los niños puedan poner en común sus respuestas. Regularmente, en mis clases, intento dejar tiempo libre que pueda dedicarse a charlar sobre libros. La creación de espacios físicos en el aula donde los alumnos puedan relacionarse ayuda también a que esto suceda. Para estimular este tipo de respuesta común, también realizo otras actividades más directas en mis clases:

- Crear oportunidades para charlar sobre libros. Tiempo para que un grupo de niños que haya leído el mismo libro hable sobre él.
- Preparar un “tablero de pintadas de grandes libros”, animando a los alumnos a que escriban los títulos completos de grandes libros con una recomendación sencilla.
- Planear sesiones de puesta en común de autores, en las que los alumnos puedan hablar entre ellos sobre títulos, comentarios, partes preferidas, etc.
- Favorecer que se compartan respuestas, hablando personalmente de los libros con los que más se ha disfrutado.

Lo bueno de la respuesta espontánea es que no tiene ninguna agenda especial, o sea, que se anima a los alumnos a que participen cuando quieran y si lo desean.

Respuesta estructurada

La respuesta estructurada puede conducir también a compartir espontáneamente los puntos de vista de los alumnos. Sin embargo, la principal diferencia respecto a la espontánea estriba en que supone la participación más directa del profesor en el proceso de estimular la respuesta. Mientras que la espontánea exige sobre todo del profesor que proporcione tiempo, la respuesta estructurada requiere ante todo que el docente participe de manera más activa en su estimulación, invitando a los alumnos a que respondan de determinada forma, etc.

El profesor tiene la gran responsabilidad de crear situaciones que animen a una interacción a tres bandas entre el docente, otros lectores y un texto. Pero es importante insistir en que este papel no coincide con el del capitán que dirige a sus subordinados...

Profesores y alumnos se ayudan entre sí a construir sus propios textos mentales, como consecuencia de compartir sus respuestas a la lectura. El resto puede hacerse de muchas maneras. Tradicionalmente, el diálogo en grupo ha desempeñado una función vital. No obstante, el uso de formas alternativas de poner en común los significados (por ejemplo dibujo, representación dramática y escritura) son igualmente importantes.

(Cairney, 1992)

6. Mirar, mirarse

Aprender a escribir significa prender a mirar... Cuando un maestro propone a sus alumnos escribir sobre la visita al museo o las primeras nieves o la infancia de los abuelos o el sufrimiento de un niño palestino les está señalando en qué dirección mirar, les está afirmando que tales asuntos son importantes y merecen consideración. Les enseñará asimismo qué palabras regir, cómo continuar después de un atasco y cuándo poner el punto final, pero lo primordial será la formación de la mirada. Porque al escribir sobre esos asuntos los alumnos se hacen más pensativos, se interrogan, escarban en su propia experiencia.

Contar las cosas que ocurren, rescatar lo minúsculo o lo desechado y darle voz y trascendencia, es una de las facultades más admirables de la literatura. Aprender a escribir debería servir para que los alumnos entendieran que un cuento o un poema no nace para ser sustento de ejercicios escolares, sino para conmover o alumbrar a un lector... La práctica de la escritura prelude la comprensión de la literatura, empuja a leer con ojos de escritor... Es obligatorio leer poemas, apreciar su naturaleza y su organización, plagiarlos, imitarlos.

Escritura y lectura son como los dos rostros de Jano, el doméstico dios romano que custodiaba las puertas que separan y a la vez permiten el paso de un ámbito a otro.

Al escribir sobre los libros leídos, lectura y escritura se entrecruzan de nuevo. Redactar una presentación, una reseña, un comentario, un elogio o una crítica sobre un libro significa abandonar el lugar del gusto o la emoción para internarse en el ámbito del razonamiento. Son ejercicios intelectuales que pueden prolongar la alegría de una lectura (también pueden ensombrecerla)... Resumir un relato, señalar los personajes principales y secundarios o enumerar los lugares en que transcurre la acción no son ejercicios demasiado alentadores. En cambio, redactar la recomendación de un libro, comentar los episodios más sorprendentes o enumerar los recuerdos e imágenes surgidos durante su lectura resulta más vivificante y puede hacer de la escritura una invitación a la lectura.

Escribir sobre la lectura puede ser una tarea precursora de la escritura argumentativa. Aprender a escribir, resulta una puerilidad afirmarlo, es una forma privilegiada de aprender a pensar... Argumentar concierne al alumno no sólo como estudiante sino como ciudadano, pues aunque la argumentación se practique en el aula, atañe a la vida comunitaria y hace posible que los saberes lingüísticos, más allá de su pertinencia escolar, adquieran una significación social. Se argumenta para dilucidar asuntos reales de interés común y resolver desacuerdos o indecisiones, lo cual obliga a generar ideas, buscar información, realizar entrevistas o encuestas, fijar criterios, ordenar conceptos, buscar expresiones precisas y coherentes, confrontar las razones personales con las ajenas. Uno de los mayores inconvenientes de las prácticas escolares de escritura es su intrascendencia. El exclusivo destinatario de los trabajos es el profesor y toda la inventiva de los alumnos se consume en el aula. Sin embargo, la argumentación permite que los conflictos sociales ingresen en las aulas y se debatan.

7. Las palabras en su morada

... los alumnos se ligarán a la biblioteca cuando comprendan que ese recinto les ofrece algo que no les regala ningún otro lugar, que allí encontrarán lo que se les hurta en otros sitios: lentitud, provisión, clausura... El silencio, en efecto, es una cualidad inherente al saber y las bibliotecas pueden propiciar ese aprendizaje.

Y al igual que el silencio, las bibliotecas pueden brindar el don de la gratuidad, de lo que no tiene provecho o no es obligatorio. No en vano "gratuito" es un vocablo emparentado con grato y gratitud... La educación no emana únicamente de las actividades provechosas y reglamentadas. Lo innecesario, lo inservible, lo liviano también lo avalan... La gratuidad es tan pedagógica como las lecciones o los deberes.

8. El amor desinteresado

Educar, hoy como ayer, significa instruir en el ejercicio de la razón, en la búsqueda del conocimiento y la verdad, lo cual exige jerarquía y autoridad, pues no todas las cosas ni todas las opiniones tienen el mismo valor... Aprender esas distinciones es un logro de la educación; proclamarlas es la labor del maestro. Y de la misma manera que aprender a razonar es promover el mejor humanismo, lo es igualmente el cultivo de la imaginación y las emociones. Las respuestas sagaces y afectivas a la experiencia no son menos trascendentales que las analíticas o las lógicas. El razonamiento y la emoción, el experimento y la ficción, la fórmula y la metáfora, tienen su origen en la mente y nada impide conceder a todos estos procedimientos un análogo valor. La inteligencia resulta imperfecta si se malogra alguna de estas modalidades de pensamiento.

Educar, en fin, no significa acomodar a los alumnos al presente sino prepararlos para el mundo por venir, para el mejor y más justo de los mundos concebibles. La educación es el umbral que da paso al ejercicio de la ciudadanía, a la conciencia de las dificultades y las ventajas de la vida en común. El civismo se aprende mediante la contradicción y el conflicto, de modo que para crecer bien, los niños y los jóvenes necesitan tanto la libertad como la limitación, tanto la fraternidad como la soledad. Por eso, y muy a nuestro pesar, la labor más imperiosa y también la más áspera de los profesores es batallar contra los prejuicios y las idolatrías de los propios alumnos, contra sus brutalidades, contra el obtuso destino al que parecen condenados sin remedio. Embaucados por las miserias televisivas, la publicidad y los fetiches de la industria del espectáculo, que han contaminado sus conversaciones y sus sueños, apenas les quedan las aulas para descubrir una dimensión más profunda y fulgurante de las cosas. No podemos renunciar a combatir esa alienación, a depurar en lo posible el océano de estupidez y banalidad en que tantos alumnos, como tantos adultos, chapotean.

... A veces innovar significa, paradójicamente, recordar; es decir, restituir.

... Muchos profesores no han asumido de veras que su misión es formar lectores, arraigar la literatura en las vidas de sus alumnos, para lo cual no siempre es apto el recurso a la filología. Indagar, analizar, clasificar o desmembrar es la obligación de un cirujano, pero no necesariamente la de un amante.... Leer en voz alta debería ser una tarea constante de los buenos maestros. La entonación, las inflexiones, el ritmo, los silencios, la intensidad, la cadencia, la claridad o la emoción de quienes leen a los demás pueden ser determinantes para guiar a los oyentes por las sendas de un texto, enseñándoles a fijarse en lo secreto o lo minúsculo, marcando un personal itinerario de sensaciones y significados. Las voces de los profesores pueden ser el más persuasivo impulso a la indagación y el asombro.

Con torpe obstinación, sin embargo, se continúa otorgando más importancia a los métodos que a las personas, olvidando que un método no es nada sin la persona que lo aplica; o mejor dicho: un método no es sino un nombre que recibe una determinada forma de actuación humana.

Sabemos que alguien se hace lector cuando comprende que los libros son cruciales para su vida, y ese descubrimiento no se produce repentinamente o en mitad de una fiesta, sino casi siempre a solas y después de no pocas indecisiones y retrocesos. Es la conversación pródiga y pausada con un lector aficionado (*afición* es una palabra de la misma estirpe que afectar, afeción y afecto) el mejor recurso para vencer las dudas o engendrar un apetito. Los primeros individuos dispuestos a esa larga conversación deberían ser los profesores.